

TERROR

TUROLENSE

Marcos era un muchacho de trece años que vivía en Teruel. En el colegio tenía muchos amigos y era muy popular, pero era algo chulo y presumido.

Unos días antes de las vacaciones de Navidad, Pepa, la profesora, le dio una sorpresa:

- Con motivo del 800 aniversario de los Amantes vamos a ir a visitar su mausoleo.

- ¡Viva! – dijeron la mayoría de los niños.

- Pues a mí, la historia de Diego e Isabel me parece una tontería, no se la cree nadie.

Pepa puso mala cara y el resto de los niños se echaron a reír.

El día de la excursión amaneció lluvioso y tuvo que suspenderse la visita hasta la tarde.

- Esto me da muy mala espina – les dijo Marcos a sus mejores amigos, Emilio y Hugo.

Estos le contestaron que no fuera aguafiestas.

A la puerta del Mausoleo les esperaba Violeta, la guía, que prometió contarles la historia de Diego e Isabel.

Marcos, aburrido, empezó a resoplar. La tarde se hacía interminable, Violeta no paraba de hablar.

De repente, Marcos tuvo muchas ganas de ir al baño. La visita estaba terminando.

Cuando Marcos salió, todos se habían ido.

- Me he quedado solo – dijo asustado – alguien vendrá a buscarme.

Pero el tiempo iba pasando y nadie volvía a por él. Marcos, cansado, se sentó junto a la tumba de los amantes.

Se fue haciendo de noche y Marcos empezó a sentir pánico.

- Nunca me he creído estas historias, no sé por qué tengo miedo.

Al muchacho cada minuto le parecía una hora, estaba asustadísimo.

Finalmente se quedó dormido. Cuando se despertó, a la luz del día, se reía de sí mismo.

- Menos mal que mis amigos no han visto lo asustado que estaba.

Aliviado, Marcos echó una ojeada a la escultura de Diego y la sangre se le heló en las venas: ¡Diego había girado la cabeza y le estaba mirando!

Marcos salió corriendo y gritando de la sala, cuando tropezó con el guardia de seguridad.

- ¿Qué te pasa? – le preguntó.

Marcos no podía hablar, pero señalaba la sala de los Amantes. Volvieron a ella pero todo parecía normal. El chico se pellizcó, no sabía si estaba soñando. En la puerta le esperaban muy preocupados sus padres y sus amigos.

Marcos decidió olvidar el tema, pero desde ese momento no volvió a burlarse de las leyendas turolenses, ni a dudar de Diego de Marcilla e Isabel de Segura.